

Casona y la muerte humanizada

Eduardo R. Huchim

En este texto, pleno de remembranzas y apuntes críticos, el escritor Eduardo R. Huchim explora la obra de Alejandro Casona, el dramaturgo español perteneciente a la generación del 27, hermano espiritual de Federico García Lorca, y cuyo paso por México habría de marcar su obra de manera definitiva.

Mi primer contacto con Alejandro Casona ocurrió en los años setenta del siglo XX, en el Teatro del Seguro Social de Mérida, la de Yucatán.

Vi ahí *La dama del alba*, con Guadalupe Salias, espléndida en el papel de *Peregrina*. La muerte, que protagoniza la obra bajo la apariencia de una bella mujer con capucha y bordón de romera, estrena su risa al conjunto de los juegos infantiles y la describe (a la risa) como “un temblor alegre que corre por dentro, como las ardiillas por un árbol hueco. Pero luego restalla en la cintura, y hace aflojar las rodillas”. Cansada de participar en los juegos de los niños y de reír por primera vez, *Peregrina* se duerme, cierra sus ojos tristes, pero les pide a los niños ser despertada a las nueve en punto de la noche, porque a esa hora debe cumplir su tarea fatal. Ni antes ni después... Y al no despertar a tiempo, hay un joven montañés que salva la vida. Por lo pronto, porque la *hora de Peregrina* nunca pasa del todo. Se aplaza simplemente.

No sabía yo entonces que aquélla era la obra cumbre del autor asturiano, pero la representación —con Salias actuaron Eduardo Arana y Eglé Mendiburu— me emocionó, me cautivó... y cautivo quedé del teatro de Casona.

Tras de verla en escena, busqué de inmediato la versión impresa y desde entonces adquirí y leí cuantas obras suyas estaban a mi alcance: *Los árboles mueren de pie*, *Prohibido suicidarse en primavera*, *Nuestra Natacha*, *Retablo jovial*, *La sirena varada*, *La casa de los siete balcones*, *Siete gritos en el mar*... sólo dejé de comprar libros de Casona cuando conseguí sus obras completas, pulcra y elegantemente editadas en dos tomos por Aguilar.

LA PEDAGOGÍA EN LA OBRA DE CASONA

Supe entonces que las películas mexicanas *La tercera palabra* (Pedro Infante y Marga López) y *Las tres perfectas casadas* (Arturo de Córdova) eran las versiones cinematográficas de las respectivas piezas teatrales del autor nacido en 1903 en Besullo, una pequeña aldea —en 2006 tenía cien habitantes— perdida en las montañas de Asturias y cuya población la integraban entonces labradores, pastores y herreros. De *La dama del alba* existe al menos una versión cinematográfica, franco-española (1966), protagonizada por Dolores del Río y dirigida por

Francisco Rovira Beleta, con guión de éste y del propio Casona.

De *La tercera palabra*, recuerdo nítidamente la escena de Pedro Infante cepillando a su caballo mientras canta: “Yo soy quien soy / y no me parezco a *naiden* / me cuadra el campo / y el chiflido de sus *aigres*. / Mis compañeros / son mis buenos animales: / chivos y mulas y uno que otro viejo buey...” (Esperón y Bermejo). Y mientras él canta, Marga López —quien le enseñará la tercera palabra: Dios, Muerte... Amor— despierta en su recámara y se asoma por la ventana. (Una de mis frustraciones es no haber vuelto a ver esa película porque no existe —y si existe no sé dónde conseguirla— la versión en DVD). Marga, maestra con pasado, no sólo le enseñará las primeras letras, sino también el camino del amor.

La docencia tiene en la obra de Casona una presencia frecuente, como obvia derivación de la influencia que tuvo en su vida. Casi no hay obra suya en la que esté ausente algún personaje con tendencias pedagógicas, a veces implícitas y a veces explícitas como en *La tercera palabra* y en *Nuestra Natacha*, donde la protagonista es una maestra que luchará por romper los arcaicos moldes educativos de un reformatorio.

Federico Carlos Sainz de Robles atribuye a Casona una “pedagogía del alma” y a su obra la califica como “teatro para sugerir, teatro para enseñar”. Sostiene que Casona se vanagloriaba de “haber sido durante algunos años, hasta que su vocación escénica se impuso a su juvenil apostolado, maestro de escuela... y siendo maestro, y como su anhelo dramático ya hubiera surgido avasallador, Casona fundó teatros para los niños —*La pájara pinta*— y para los jóvenes —*Teatro del pueblo*, de las Misiones Pedagógicas—... El dramaturgo Casona ya influía con firmeza en el Casona pedagogo”.¹

Hijo de maestros, profesión mal pagada en la España de principios del siglo XX, los padres de Alejandro Rodríguez Álvarez —que era el nombre real de Casona— vivían algo así como un matrimonio divorciado, pues no podían estar mucho tiempo juntos porque, para obtener algo más de dinero, ambos trabajaban en la docencia y, al no poder hacerlo en el mismo sitio, impartían clases en poblaciones distintas. Así fueron a Gijón, a Palencia, a Murcia y, finalmente, a León, el pueblo de la madre del que sería célebre dramaturgo.

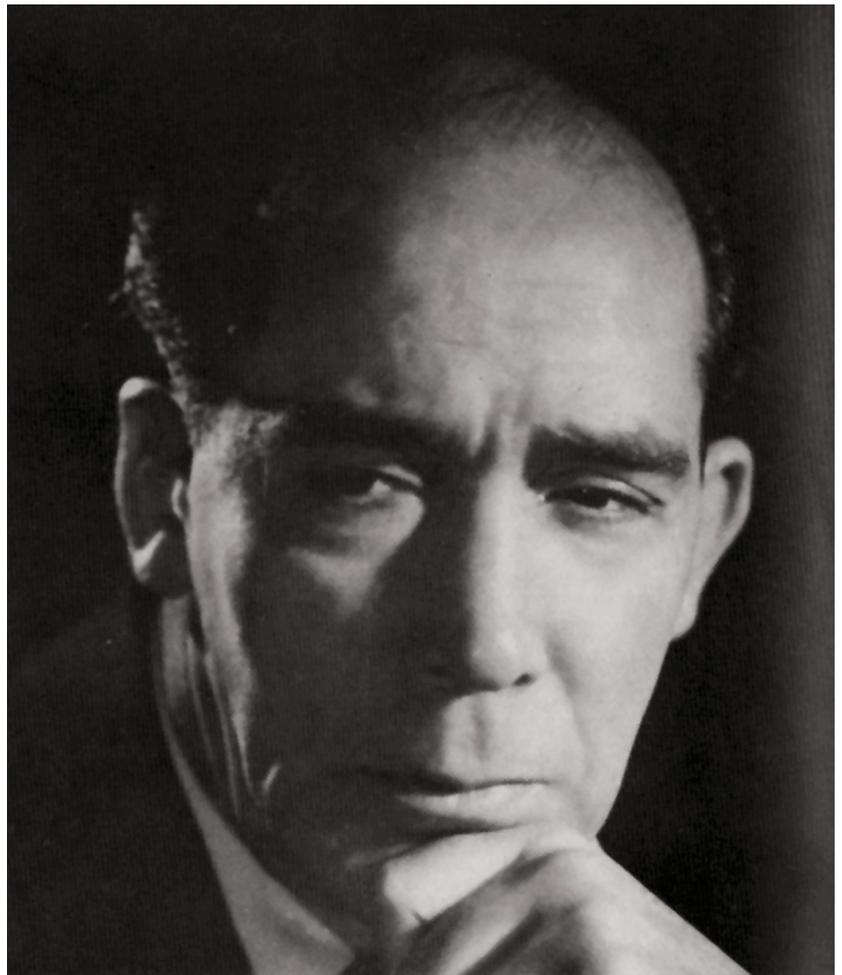
“VI TEATRO POR PRIMERA VEZ... Y NO PUDE DORMIR”

En Gijón, Alejandro aprende a leer y descubre el placer de la lectura en un libro que su padre guardaba como un tesoro y lo mantenía alejado de sus hijos: *La vida es*

sueño, de Pedro Calderón de la Barca. Y fue también en Gijón donde el joven Rodríguez Álvarez —el apellido célebre lo adoptaría después, en recuerdo de la casona de Besullo donde vivió sus primeros años— hace otro descubrimiento que lo fascina: el teatro. He aquí el hallazgo en sus propias palabras:

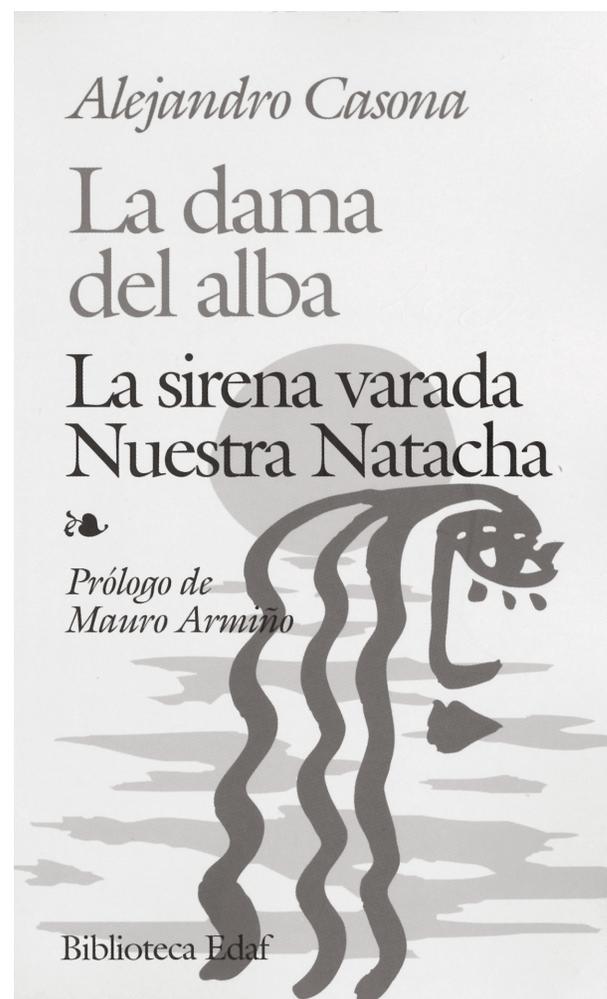
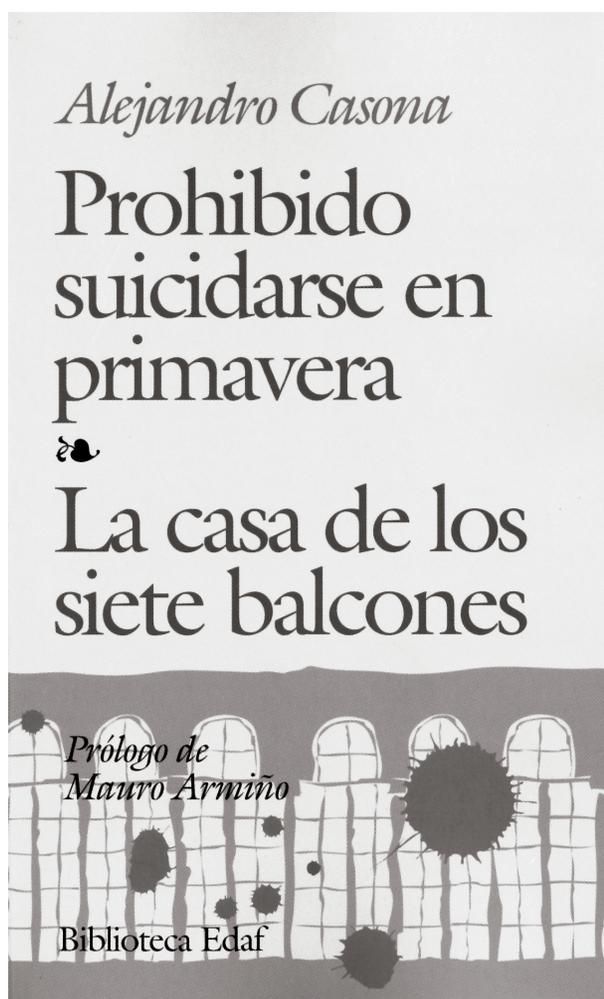
Entonces vi teatro por primera vez. Y eso me intranquilizó de un modo terrible, hasta el extremo de que no pude dormir. Había descubierto algo sensacional, un mundo maravilloso, no en el sentido de que pudiera pensar que nunca pertenecería a ese mundo, sino que aquello me parecía mejor que ningún libro de cuentos, mejor que ninguna novela, mejor que nada de lo que había visto en mi vida hasta aquel momento. No había podido ni soñar el descubrimiento del teatro.²

² J. Rodríguez Richart, *Vida y teatro de Alejandro Casona* (Instituto de Estudios Asturianos, Oviedo, 1963). La cita procede de la primera de una serie de entrevistas a Casona hechas por M. Gómez Santos para el diario *Pueblo*, de Madrid, 15 de agosto de 1962.



Alejandro Casona

¹ Federico Carlos Sainz de Robles, prólogo de las *Obras completas* de Alejandro Casona, tomo I, Aguilar, Madrid, 1966.



La docencia fue una actividad que llenó los primeros años profesionales de Casona. En la Escuela Superior del Magisterio, de Madrid, obtuvo en 1926 el título de inspector y conoció a quien desde 1928 sería su esposa, Rosalía Martín Bravo, con quien contrajo matrimonio al ser asignado a la escuela del pueblo de Les, en el Valle de Arán, y posteriormente fue nombrado inspector de escuelas de Asturias. Al ser creado el Patronato de Misiones Pedagógicas, éste le encargó la dirección del Teatro del Pueblo y del Teatro Ambulante.

Este periodo magisterial y de divulgador cultural de Casona no impidió que desarrollase su producción literaria. A ese lapso pertenecen, por ejemplo, *El peregrino de la barba florida*, *El diablo en la literatura*, *La sirena varada*, *Otra vez el diablo* y *El crimen de lord Arturo*, así como *Sancho Panza en su isla* y *Entremés del mancebo que casó con mujer brava*, estos dos últimos escritos para su Teatro Ambulante.

LA SIRENA VARADA: DEL RECHAZO AL PREMIO

La primera obra teatral realmente importante de Casona, *La sirena varada*, narra la historia ¿o locura? de un grupo de personas que deciden abstraerse del mundo

real y vivir un mundo de sueños en un “asilo para huérfanos del sentido común”, hasta que aparece *Sirena*. La obra, una clara confrontación entre la realidad y la fantasía, fue escrita por Casona cuando estaba dedicado a la docencia y, en un primer intento, el entonces desconocido autor visitó a varios empresarios teatrales de Madrid, pero ninguno se interesó y alguno incluso comentó que la obra no valía nada.

Desalentado, Casona la envía al dramaturgo barcelonés Adrián Gual, fundador de Teatre intim y del Grupo Auditórium, éste continuador de aquél. La intención de Casona —cuenta Sainz de Robles— es que Gual leyese su pieza teatral y la representase en su teatro de cámara. Sin embargo, Gual se entusiasma con la obra, le ve posibilidades comerciales y la remite a la actriz Margarita Xirgu, para que la representase en la compañía que tenía en sociedad con Enrique Borrás. Xirgu se entusiasma tanto como Gual e incluso le escribe a Casona, prometiéndole el estreno de *La sirena varada* tan pronto como le fuera posible.

El tiempo pasa y el estreno no se produce, por lo cual en 1933 Casona envía su obra al concurso Premio Lope de Vega convocado por el Ayuntamiento de Madrid. Quedan dos finalistas: Casona y José Camón Aznar con su pieza *El héroe (Alejandro Magno)* y... dejemos que el propio Casona nos lo cuente:

El Premio Lope de Vega significaba entonces, año de 1930, una pequeña fortuna, pues su cuantía en metálico era de diez mil pesetas. Si la obra era premiada, el estreno obligatorio se hacía en el Teatro Español, donde había entonces una de esas compañías excepcionales que es difícil que vuelvan a poder reunirse nunca. La formaban Margarita Xirgu y Enrique Borrás, y tenía como galanes a Pedro López Lagar, Enrique Diosdado y Alitar. Recuerdo como actriz de carácter a la Sánchez Ariño... ¡En fin, una compañía formada con primeras figuras!

Lo recuerdo perfectamente. La otra comedia finalista era de Camón Aznar. Se titulaba *Alejandro Magno* y era un drama histórico. *La sirena varada* pretendía ser una comedia moderna, y creo que lo era. La comedia de Camón Aznar era grandilocuente; una comedia de época. Camón Aznar, profesor universitario importante, culto, me hacía pensar de antemano que el premio iba a ser para él. Por otra parte, y teniendo todos los respetos y cortesías para este ilustre profesor universitario, yo creía que *Alejandro Magno* no era lo que había que hacer en el teatro. En efecto, mi “espía” me dijo que el premio se había concedido a Camón Aznar. Era angustioso estar nadando y nadando para acabar ahogándose en la orilla. Confieso que lloré. ¡Créanme que me sacudió mucho aquello! Claro que me conformé, diciendo: “¡Qué se le va a hacer!”.

Estaba cayendo la tarde ya y tomé un tranvía para ir a mi trabajo. De pronto veo al vendedor de periódicos con un ejemplar de *La Voz*. Un señor delante de mí, compra *La Voz*. Alargo el cuello y veo cómo pasa una página, cómo pasa otra, y al doblar así, veo en letras muy grandes: “Premio Lope de Vega: *La sirena varada* de Alejandro Casona”. Agarré el periódico, diciendo al señor: “Perdóneme un momento”. Ni qué decir tiene que el señor creyó que yo estaba loco.

No sé cómo me vino la información anterior, ignoro el error que pudo haber, porque en ningún momento se dio el premio a Camón Aznar. El premio me lo habían dado a mí, allí estaba.

La comedia tuvo mucha repercusión fuera de España, porque no habían transcurrido dos meses cuando ya se había estrenado en París y en Roma. De modo que después de tanta angustia, de tanta espera, el teatro se abrió para mí de la noche a la mañana, en un minuto y de par en par. En el término de dos meses el resultado era el si-

guiente: estreno en el Teatro Español de Madrid, París, Roma... ¡Qué más podía esperar!³

De ese modo, *La sirena varada* cumplió su destino que previeron Gual y Xirgu, aunque la actriz no cumplió su promesa sino hasta que el Premio Lope de Vega impuso la representación. Se estrenó en el Teatro Español la noche del 17 de marzo de 1934, con notable éxito de público y crítica. Ésta, con una poco común unanimidad, saludó el surgimiento de un autor innovador y audaz que venía a aportar sangre nueva al teatro hispano.

EL EXILIO Y EL RETORNO

Otra vez el diablo y *Nuestra Natacha*, estrenadas en Madrid en diciembre de 1935 y en febrero de 1936, respectivamente, refrendaron el éxito de Casona, quien sin embargo no pudo disfrutar por mucho tiempo su irrupción triunfal en los escenarios de su patria. La Guerra Civil española interrumpió, en 1936, el ascenso de Casona en su tierra.

El autor inició entonces, en 1936, una gira teatral de dos años con Pepita Díaz y Manuel Collado por México, Cuba, Puerto Rico, Venezuela, Colombia, Perú, Chile y Argentina. En la capital de este país, Buenos Aires, fijó su residencia en 1939 y fue también ahí donde estrenó, en 1944, *La dama del alba*, con la compañía de Margarita Xirgu.

Habrían de pasar dieciocho años para que *La dama del alba* se estrenara clamorosamente en Madrid, en 1962, cuando Casona había retornado a España y puesto fin a sus angustias y añoranzas por la patria. El ya excelso dramaturgo era conocido ampliamente tanto en América como en Europa y viajaba frecuentemente a Francia, Italia, Alemania, Bélgica, Holanda, Suiza, Inglaterra, con motivo de los estrenos sucesivos de sus piezas teatrales, pero en España no se representaban sus obras.

³ Entrevista de Casona con Marino Gómez Santos, en la sección del diario *Pueblo* llamada “Pequeña historia de grandes personajes” con el título de “Alejandro Casona cuenta su vida”, el 15, 16 y 17 de agosto de 1962. La cita está tomada de “Autobiografía de Alejandro Casona” compilada por Lía Beeson, www.alejandrocasona.com/vida.html.

Habrían de pasar dieciocho años para que *La dama del alba* se estrenara clamorosamente en Madrid, en 1962, cuando Casona había retornado a España y puesto fin a sus angustias y añoranzas por la patria.

En particular a partir de 1956, el dramaturgo sintió obsesivamente la necesidad de regresar a España y así se lo confió a Federico Carlos Sainz de Robles, quien en el prólogo a las *Obras completas* de Casona escribió: “Estaba temiendo que de seguir lejos de ella se desequilibrarían sus nervios, se le destempearía la sensibilidad, se desecarían los manantiales del alma”.

Finalmente, en abril de 1962, Casona regresa a España y la noche del 22 de ese mes asiste a la representación de *La dama del alba* en el teatro Bellas Artes de Madrid, por la Compañía de José Tamayo. Escribe Rodríguez Richart:

Esa obra fue la primera del dramaturgo asturiano que se ofreció al público español después de un largo paréntesis de veinticinco años. Y la significación de esa fecha radica no sólo en el resonante triunfo alcanzado por la pieza la noche de su presentación, en el que coincidieron un auditorio entusiasmado y maravillado por la dignidad, hondura y emoción de la misma, y una crítica reconocedora de su calidad artística y de su valor magistral; radica también en el hecho de que abre de par en par las puertas del teatro español, por segunda vez, a la producción escénica de uno de nuestros primeros comediógrafos actuales.

Y añade:

El estreno fue un acontecimiento memorable. Y así como el de *La sirena varada*, en 1934, colmó de felicidad al casi desconocido maestro rural que Casona era entonces, el de *La dama del alba* en Madrid produjo al maduro dramaturgo, ya acostumbrado al éxito y curtido ante los aplausos de los públicos más diversos —él lo dijo al final de la representación en sencillas y conmovedoras palabras—, una alegría y una satisfacción impar en su larga carrera de triunfos.⁴

Pero también entonces el disfrute del éxito en su tierra habría de ser breve. El 17 de septiembre de 1965, poco más de tres años después de haber retornado a España, habría de encontrarse con su *Dama del alba*, a consecuencia de una dolencia cardíaca.

“YO SIEMPRE ESTOY DENTRO”

Como muchos otros públicos de América y Europa, el español se conmovió también con la historia de la bella peregrina, que sólo es reconocida por el *Abuelo*, quien al identificarla la increpa:

Abuelo: ¿Recuerdas el día que explotó el grisú en la mina? También yo estaba allí, con el derrumbe sobre el pecho y

⁴ J. Rodríguez Richart, *Vida y teatro de Alejandro Casona*, op. cit.

el humo agrio en la garganta. Creíste que había llegado mi hora y te acercaste demasiado. ¡Cuando, al fin, entró el aire limpio, ya había visto tu cara pálida y había sentido tus manos de hielo!

El *Abuelo* es el personaje más duro de la obra. Frente a las convincentes frases de la muerte humanizada, él mantiene su desconfianza y su oposición a la que él considera meliflua actitud. Sus diálogos intensos contienen reflexiones sobre la vida y la muerte, vista ésta desde ángulos no comunes:

Abuelo: Por dura que sea la vida, es lo mejor que conozco.

Peregrina: ¿Tan distinta me imaginas de la vida? ¿Crees que podríamos existir una sin la otra?

Abuelo: ¡Vete de mi casa, te lo ruego!

Peregrina: Ya me voy. Pero antes has de escucharme. Soy buena amiga de los pobres y de los hombres de conciencia limpia ¿Por qué no hemos de hablarnos lealmente?

Abuelo: No me fío de ti. Si fueras leal no entrarías disfrazada en las casas, para meterte en las habitaciones tristes a la hora del alba.

Peregrina: ¿Y quién te ha dicho que necesito entrar? Yo siempre estoy dentro, mirándoos crecer día por día detrás de los espejos.

Abuelo: No puedes negar tus instintos, eres traidora y cruel.

Peregrina: Cuando los hombres me empujáis unos contra otros, sí. Pero cuando me dejáis llegar por mi propio paso... ¡cuánta ternura al desatar los nudos últimos! ¡Y qué sonrisas de paz en el filo de la madrugada!

Abuelo: ¡Calla! Tienes dulce la voz y es peligroso escucharte.

Peregrina: No os entiendo. Si os oigo quejaros siempre de la vida, ¿por qué os da tanto miedo dejarla?

Abuelo: No es por lo que dejamos aquí. Es porque no sabemos lo que hay al otro lado.

Peregrina: Lo mismo ocurre cuando el viaje es al revés. Por eso lloran los niños al nacer.

Casona pone al anciano ser humano frente a la muerte sobrenatural y, al hacerlo, hace contrastar la incultura, la experiencia y la bravura y hasta la ingenuidad del *Abuelo* con la visión de quien quita la vida pero la suya no la pierde nunca. El autor despoja a *Peregrina* de su carácter no humano e incluso la pone a la defensiva cuando el *Abuelo* le cuestiona su continua referencia a los niños:

Peregrina: Tengo nombre de mujer. Y si alguna vez les hago daño, no es porque quiera hacérselo. Es un amor que no aprendió a expresarse... ¡Que quizá no aprenda nunca! Escucha, *Abuelo*, ¿tú conoces a Nalón el Viejo?

Alejandro Casona
Los árboles
mueren de pie



Prólogo de
Mauro Armiño



Biblioteca Edaf

ALEJANDRO CASONA

TEATRO



PROHIBIDO SUICIDARSE
EN PRIMAVERA

SIETE GRITOS EN EL MAR

CORONA DE AMOR
Y MUERTE

2

LOSADA



Abuelo: ¿El ciego que canta en las ferias?

Peregrina: El mismo. Cuando era niño, tenía la mirada más hermosa que se vio en la tierra. ¡Una tentación azul que me atraía desde lejos! Un día no pude resistir... Y lo besé en los ojos.

Abuelo: Ahora toca la guitarra y pide limosna en las romerías con su lazarillo y su plato de estaño.

Peregrina: Pero ¡yo sigo queriéndole como entonces! Y algún día he de pagarle con dos estrellas todo el daño que mi amor le hizo.

Aquí, al anunciar una inserción de estrellas en el rostro cegado, la muerte casoniana se revela con poderes que exceden su sola y tremenda capacidad de quitar la vida. ¿O se trata sólo de la expresión del deseo humano de compensar el daño causado? ¿O es una frase metafórica y oscura?

DE CÓMO SE QUIEBRA EL INQUEBRANTABLE

El ángulo más humano que Casona muestra de la muerte se da en el segundo acto, también en un diálogo con el *Abuelo*:

Peregrina: ¿Por qué me condenas sin conocerme bien? ¿Por qué no haces un pequeño esfuerzo por comprender-

me? Yo también quisiera adornarme con rosas como las campesinas, vivir entre niños felices y tener un hombre hermoso a quien amar. Pero cuando voy a cortar rosas, todo el jardín se me hiela. Cuando los niños juegan conmigo, tengo que volver la cabeza por miedo a que se me queden fríos al tocarlos. Y en cuanto a los hombres ¿de qué me sirve que los más hermosos me busquen a caballo si al besarlos siento que sus brazos inútiles se resbalan sin fuerzas en mi cintura? ¿Comprendes ahora todo lo amargo de mi destino? Presenciar todos los dolores sin poder llorar... Tener todos esos sentimientos de una mujer sin poder usar ninguno... ¡Y estar condenada a matar siempre sin poder nunca morir!

Es entonces cuando el inquebrantable *Abuelo* se quiebra:

Abuelo: ¡Pobre mujer!

Peregrina: Gracias, *Abuelo*. Te había pedido un poco de comprensión y me has llamado mujer, que es la palabra más hermosa en labios de hombre... En tu casa ya no tengo nada que hacer esta noche; pero me esperan en otros sitios. Adiós.

Y la *Peregrina* se va... pero habrá de regresar. Como saben quienes la han visto, la muerte nunca pasa del todo. Su hora sólo se aplaza. Simplemente. **U**